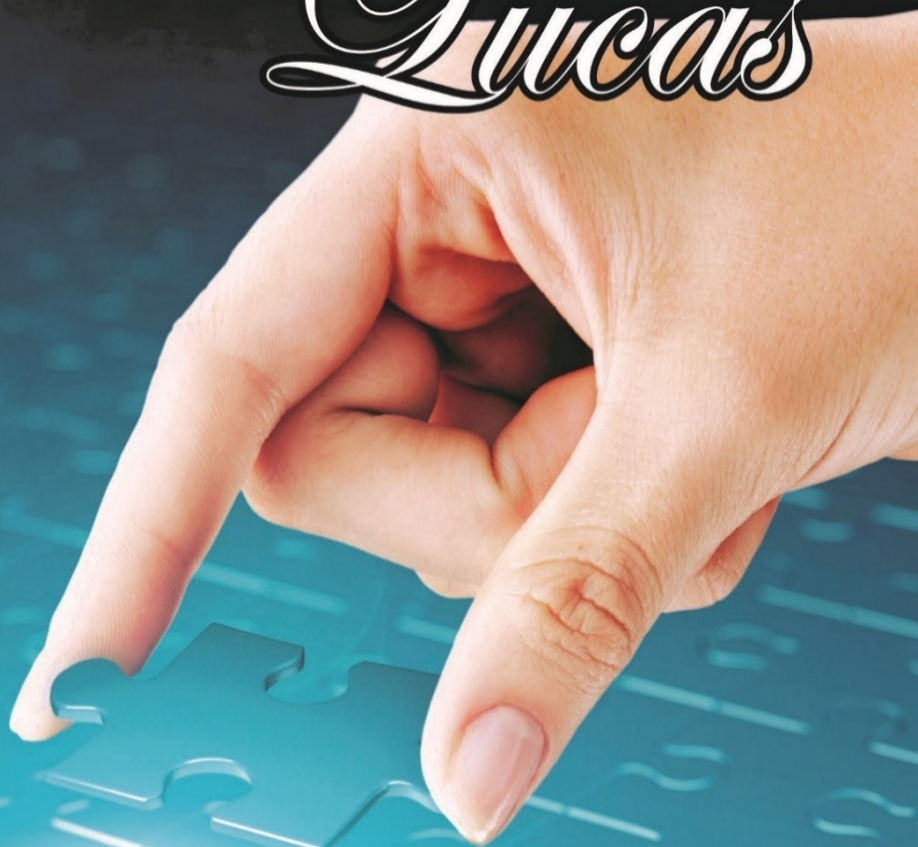


Ediciones Lucas



“LA RUTA SENTIMENTAL DE NUESTROS HIJOS”
EI-010825-110

“LA RUTA SENTIMENTAL DE NUESTROS HIJOS”

© 2025 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: agosto 2025

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-010825-110

LA RUTA SENTIMENTAL DE NUESTROS HIJOS

S
E
M
A
N
A
—
1
—

La crianza de los hijos es responsabilidad de cada progenitor. A cada padre y madre, Dios les pedirá cuentas por los hijos que les ha dado. Sería absurdo pensar que Dios le pedirá cuentas al presbiterio por los hijos de los miembros de la iglesia. Quienes deberán rendir cuentas ante Dios por sus hijos son los padres que los engendraron. Teniendo en cuenta este principio, y reconociendo que, debido a las circunstancias, cada familia enfrenta realidades distintas, compartiremos a continuación algunos pensamientos basados en la Escritura relacionados con este tema.

No queremos juzgar a nadie con lo que vamos a compartir; nuestro deseo es simplemente mostrar, a la luz de la Biblia, cuál es el camino de amor y justicia en Dios que deben seguir los jóvenes hasta llegar al matrimonio. Como mencionamos al inicio, son los padres los responsables de andar en justicia delante de Dios, para que sus hijos aprendan a honrarlo también en sus decisiones sentimentales. Del mismo modo, los hijos que están en búsqueda de una pareja son responsables ante Dios por sus decisiones: tanto respecto a con quién se casarán, como en la manera en que vivirán antes de llegar al matrimonio.

Vamos a basar este estudio en el libro de Génesis. Es impresionante cómo este libro puede servir como una guía para aprender a formar familias temerosas de Dios. Génesis narra la vida de las personas antes de la ley, o lo que conocemos como la era patriarcal. Este libro no es sólo un libro de comienzos, sino también un libro de principios: fundamentos de vida que podemos encontrar a lo largo de estas maravillosas historias familiares, si tenemos los ojos espirituales para verlos entre líneas.

Dice **2 Timoteo 3:16**

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, 17 a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”.

El Nuevo Testamento no aborda de manera detallada temas como el noviazgo, el matrimonio, la crianza y la disciplina de los hijos. Aunque en él encontramos los fundamentos de estas temáticas, es evidente que su principal enfoque está dirigido a la revelación del misterio de Cristo y la Iglesia.

No obstante, Dios, en Su sabiduría, nos dejó el Antiguo Testamento como una herramienta pedagógica mediante la cual podemos aprender valiosas lecciones sobre estos asuntos del ámbito

familiar. En sus relatos encontramos numerosas historias que describen la convivencia humana a lo largo de las generaciones, con sus diferencias sociales, culturales, religiosas y más. A través de ellas, podemos extraer enseñanzas que siguen siendo relevantes y aplicables en nuestros días.

Si tenemos temor de Dios, podremos reflexionar y analizar las distintas historias bíblicas para extraer valiosas enseñanzas que nos ayuden en nuestra vida diaria y en la manera de mantener buenas relaciones con las personas que nos rodean.

Si somos capaces de leer el Antiguo Testamento entendiendo que sus escritos son una sombra de los bienes venideros revelados en el Nuevo Testamento, seremos edificados profundamente. Debemos leer el Antiguo Testamento, pero sin perder de vista que la realidad, las promesas y la esencia del mensaje de Dios para esta era se encuentran en el Nuevo Testamento.

No mantener este equilibrio puede llevarnos, como ha ocurrido en algunos sectores de la Iglesia Evangélica, a caer en el error del legalismo y a promover reglas religiosas sacadas de contexto.

Ahora bien, una sombra no es más que una proyección de la realidad; aunque no está completamente definida, guarda una notable similitud con aquello que la genera. Así sucede con

lo que leemos en el Antiguo Testamento: no debemos considerarlo como la realidad en sí, sino como una sombra de lo que habría de venir.

Al acercarnos al Antiguo Pacto, es importante mantener una visión general y evitar el error de enfocarnos excesivamente en los detalles, ya que su propósito principal es apuntar hacia la plenitud revelada en el Nuevo Testamento. Leamos detenidamente los siguientes pasajes:

Romanos 15:4

“Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”.

1 Corintios 10:6

“Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron... v:11 Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”.

Salmo 102:18

“Se escribirá esto para la generación venidera; Y el pueblo que está por nacer alabaré a JAH”.

Por lo que nos dicen estos versículos, podemos entender que estos libros fueron escritos para los destinatarios de su época. Sin embargo, en la mente de Dios estaba el propósito de que quedaran registrados como ejemplos y figuras que pueden brindarnos valiosas lecciones a nosotros, los creyentes del Nuevo Pacto.

Conscientes de esta realidad, recurramos al libro de Génesis para comprender cómo Dios aborda los asuntos sentimentales de los hijos y cuál debe ser el rol de los padres durante esas etapas de la vida.

EL DOLOR DE QUE LOS HIJOS TOMEN UNA RUTA AJENA AL CORAZÓN DE DIOS.

Es muy probable que nunca hayamos reflexionado profundamente en el dolor y los múltiples conflictos familiares y emocionales que pueden surgir cuando los hijos toman decisiones equivocadas.

Hoy en día, algunas personas dicen cosas como: “A mí me basta con que mi hijo se fije en una mujer; peor sería que se fije en otro hombre”. Esta expresión, aunque común, refleja una actitud despreocupada que, en el fondo, equivale a decir: “No me importa realmente cómo le vaya a mi hijo”.

Con el paso del tiempo, las generaciones han ido perdiendo principios fundamentales, y cada vez más el tema del matrimonio se ha vuelto inestable y difícil, tanto de elegir como de sostener. Las generaciones mayores tuvimos la bendición de crecer en un contexto social y cultural que impulsaba a los jóvenes hacia el matrimonio. En cambio, los jóvenes de hoy deben enfrentar una cultura que, en muchos casos, desprecia o distorsiona el valor del matrimonio, haciéndoles más difícil tomar decisiones firmes y saludables en este ámbito.

Aunque la decisión de casarse corresponde a los contrayentes, los padres debemos ser conscientes de que una mala elección por parte de los hijos puede afectar profundamente el vínculo familiar. Aunque ellos formen su propio hogar, nunca podremos desligarnos completamente de sus vidas, ya sea para bien o para mal. Por eso, las decisiones que tomen en este ámbito tendrán un impacto duradero en nosotros, ya sea de manera positiva o negativa, por el resto de nuestras vidas.

EL CASO DE ISAAC Y ESAÚ.

Génesis 27:46

“Y dijo Rebeca a Isaac: Fastidio tengo de mi vida, a causa de las hijas de Het. Si Jacob toma mujer de las hijas de Het, como éstas, de las hijas de esta tierra, ¿para qué quiero la vida?”

Génesis 26:34

“Y cuando Esaú era de cuarenta años, tomó por mujer a Judit hija de Beerí heteo, y a Basemat hija de Elón heteo; v:35 y fueron amargura de espíritu para Isaac y para Rebeca”.

La amargura que experimentó Rebeca, madre de Esaú, se originó cuando éste tomó por esposas a dos mujeres que no habían sido criadas dentro de las costumbres y valores de su familia. Este hecho es una figura de lo que ocurre cuando nuestros hijos eligen como pareja a personas que no comparten la fe cristiana ni conocen los principios del evangelio. Una situación así, con toda probabilidad, se convertirá en una fuente de dolor y conflicto para los padres.

Una versión bíblica traduce el versículo 35 de Génesis 26 de esta manera: “Ellas causaron amargura de espíritu a Isaac y a Rebeca”. Esto nos

lleva a una reflexión importante: ¿Tendremos nosotros una vejez en paz? En gran medida, eso dependerá de las decisiones que nuestros hijos tomen respecto al matrimonio. Si eligen mal, debemos prepararnos para enfrentar momentos de tristeza y amargura de espíritu.

La versión LBLA de la Biblia traduce Génesis 26:35 de la siguiente manera: “Ellas hicieron la vida insoportable para Isaac y Rebeca”. A simple vista, podría parecer que todo se resuelve cuando los hijos se casan, pero para Isaac y Rebeca, la vida se volvió más difícil precisamente a causa del matrimonio de su hijo Esaú. Sus últimos años terminaron siendo los más amargos.

Estos versículos nos muestran claramente que la mala decisión de Esaú al escoger esposa trajo consecuencias dolorosas en distintas áreas. Primero, un conflicto espiritual, ya que sus esposas no conocían a Dios. Luego, conflictos familiares, porque ellas no temían al Señor ni compartían los principios morales bajo los cuales se habían criado Jacob y Esaú. Además, se generaron tensiones personales: entre padre e hijo, madre e hijo, suegros y nueras, y probablemente entre los propios esposos.

Un desenlace como el que vivió Rebeca es lo que les espera a muchos padres que deciden mantenerse al margen en las decisiones cruciales de sus hijos. No es poca cosa, entonces, abordar estos

temas. Si alguna vez pensamos que la crianza de los hijos fue una etapa difícil, debemos reconocer que un mal matrimonio por parte de ellos puede convertirse en una carga aún más pesada para los padres.

Imaginemos por un momento la emoción que puede generar la llegada de los nietos. Sin embargo, esa alegría puede transformarse en preocupación cuando nos encontramos con que esos pequeños comienzan a crecer bajo costumbres completamente distintas a aquellas con las que criamos a nuestros propios hijos.

Piense en usted, como abuela, queriendo compartirles historias de la Biblia, sembrar fe y valores. Pero, al mismo tiempo, enfrentándose a una nuera o yerno incrédulo, que no conoce a Dios y que deja la formación de sus hijos en manos del internet y de una cultura alejada de los principios cristianos. No dejará de ser cargoso ver que los nietos en lugar de ir a la Iglesia todos los días domingo, tal vez irán una vez cada dos meses a una reunión de Iglesia. Si usted es temeroso de Dios y es fiel para congregarse, seguramente le causará un gran dolor ver que sus hijos y sus descendientes no continúen en los caminos que usted les inculcó.

LA HISTORIA DE ABRAHAM E ISAAC.

Todos conocemos la historia de cómo Abraham le buscó esposa a su hijo Isaac. Leamos un poco sobre esta historia:

Génesis 24:1

“Abraham era viejo, entrado en años; y el SEÑOR había bendecido a Abraham en todo. v:2 Y Abraham dijo a su siervo, el más viejo de su casa, que era mayordomo de todo lo que poseía: Te ruego que pongas tu mano debajo de mi muslo, v:3 y te haré jurar por el SEÑOR, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que no tomarás mujer para mi hijo de las hijas de los cananeos, entre los cuales yo habito; v:4 sino que irás a mi tierra y a mis parientes, y tomarás mujer para mi hijo Isaac”.

Abraham encargó expresamente que no se tomara mujer para Isaac de entre las hijas de los cananeos, sino de su propia parentela. Este acto es una figura de una verdad espiritual importante: nuestros hijos no deberían elegir pareja entre quienes no conocen al Señor, sino entre aquellos que forman parte de la familia de la fe.

La actitud de Abraham debe ser vista como un ejemplo digno de imitación para los padres que tienen hijos en edad de casarse. Los padres sí deben involucrarse en las relaciones sentimentales de sus

hijos. ¿Cómo deben hacerlo? A través del consejo, la supervisión, y estableciendo límites y parámetros claros.

El sistema del mundo ha susurrado a los oídos de los padres que no deben intervenir en estos asuntos. Pero, ¿Quién nos dijo que no debemos orientar a nuestros hijos en la manera correcta de buscar pareja? Involucrarse no es ser abusivo ni irrespetar su privacidad; es ejercer con responsabilidad el rol que Dios nos ha dado. Como padres, tenemos el deber de velar para que nuestros hijos elijan una pareja que no termine siendo una fuente de sufrimiento para la familia entera. Es, en gran parte, nuestra responsabilidad que ellos se casen bien.

Los hijos son responsabilidad total de los padres mientras vivan bajo su techo. Y conviene aclarar que estar "fuera de casa" no significa sólo vivir en otro lugar, sino también dejar de depender económicamente de los padres en cualquier aspecto. Mientras los hijos permanezcan en casa, es deber de los padres criarlos con responsabilidad, y los hijos, por su parte, deben obedecer las normas del hogar.

Así como nos hemos esforzado por guiarlos en sus estudios, su formación y su preparación para la vida, también debemos hacerlo en el área sentimental. El día que los despedimos porque han

llegado al altar con su pareja, buscando la bendición de Dios para su matrimonio, ese día concluye nuestra labor directa en sus vidas.

A partir de ahí, ya no es apropiado que los padres interfieran en el nuevo matrimonio. Lo que sí seguirá siendo válido y valioso es que los padres continúen apoyándolos de manera integral, especialmente en lo emocional y, cuando sea necesario, también en lo financiero. Dice **2 Corintios 12:14**

*“... pues no deben atesorar los hijos para los padres,
sino los padres para los hijos”.*

Otra lección digna de imitar en la vida de Abraham se encuentra en Génesis 24:10: “Y el criado tomó diez camellos de los camellos de su señor, y se fue, tomando toda clase de regalos escogidos de su señor...” Abraham no envió a su criado con las manos vacías, sino que lo mandó con diez camellos cargados de regalos. Es decir, invirtió en la búsqueda de esposa para Isaac, mostrando así el compromiso y la importancia que daba a esa decisión. Esto es una lección de cómo los padres deben estar dispuestos a invertir en las relaciones sentimentales de sus hijos. ¿Puede imaginarse cuánto dinero iba invertido en los regalos que llevaban los diez camellos? Dice la Biblia que Eliezer, el criado de Abraham, en su primer encuentro con Rebeca le

dio pendientes y brazaletes de oro. Abraham no fue escaso en esta tarea de buscar esposa para Isaac.

Tal vez la mayoría de nosotros no contemos con las riquezas que tenía Abraham, pero la inversión en las relaciones sentimentales de nuestros hijos no debe limitarse a lo económico. También se trata de invertir tiempo, atención y acompañamiento.

Los padres pueden, por ejemplo, invitar a comer a los pretendientes de sus hijos, reunirse con ellos y sus familias, y propiciar momentos de compañerismo y observación. Es válido, sabio e inteligente dedicar recursos y esfuerzos para conocer e involucrarse con alguien que cumple con los valores y principios necesarios para ser una buena pareja.

Si los padres invierten en la futura esposa de su hijo, el hijo también aprenderá a valorarla. Comprenderá que se le está confiando a alguien valioso, a quien debe tratar con respeto y ternura, como a vaso frágil. Muchos esposos hoy en día no saben cómo honrar a sus esposas, porque probablemente nunca vieron ese ejemplo en casa. De igual manera, si usted tiene una hija y a ella le interesa un joven que podría llegar a ser un buen esposo, invítenlo, traten de conocerlo, ofrézcanle un

buen regalo de cumpleaños, etc. Su hija también aprenderá así a valorarlo y respetarlo.

Es tiempo de romper con ciertos patrones y enseñar a las nuevas generaciones que encontrar un buen cónyuge es hallar un tesoro. Y como tal, debe ser cuidado, protegido y valorado. Ese es el momento de invertir y disfrutar, porque al final de la vida, nadie se lleva nada.

Por supuesto, es importante ser buenos administradores, pero no debemos confundir el ahorro con la tacañería. La unión matrimonial de los hijos puede llegar a ser una bendición en la vejez de los padres, o bien una carga que les cause dolor. Por eso, cuando los padres vean un buen prospecto para sus hijos, no duden en apoyar e invertir.

Obviamente, son los hijos quienes van a escoger su pareja, sin embargo, los padres pueden poner parámetros en las relaciones. Pongamos como regla lo que el apóstol Pablo le dijo a las viudas:

*“Cásense con quien quiera, con tal que sean en el
Señor”*

(1 Corintios 7:39).

Dice también **Gálatas 5:13**:

“...a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne”.

¿Existen los límites? ¡Por supuesto que sí! Los sentimientos también deben tener límites.

¿Por qué tener miedo de decirles a los hijos que se casen con mujeres cristianas? Algunos dirán: “En estos tiempos ya no hay muchachas cristianas”. Pensar así es tener una visión pobre e insensata. Es necesario poner parámetros. Decirle a los hijos que busquen esposas cristianas es un parámetro correcto y adecuado.

¿Tiene idea de cuánto viajó el siervo de Abraham para encontrar a Rebeca? Fueron entre 700 y 800 kilómetros en camello, un trayecto que tomó aproximadamente cinco o seis semanas. Y el mismo tiempo para regresar. Padre de familia, ¿ha hecho usted esfuerzos como los que hizo Abraham para conseguir una buena mujer para su hijo?

¡Y a ustedes, jovencitos! ¿Por qué dicen que no hay muchachas que les gusten? ¿Cuáles son sus parámetros? ¿Están guiando sus gustos por las fantasías que ven en internet? Si son temerosos de Dios y de corazón sencillo, con certeza encontrarán buenas esposas.

LA HISTORIA DE ISAAC Y SUS HIJOS JACOB Y ESAÚ.

Al inicio vimos cómo la escogencia de Esaú terminó siendo una causa de amargura de espíritu para Rebeca. Veamos ahora lo que sucedió con su otro hijo Jacob.

Génesis 28:1

“Entonces Isaac llamó a Jacob, y lo bendijo, y le mandó diciendo: No tomes mujer de las hijas de Canaán. v:2 Levántate, ve a Padan-aram, a casa de Betuel, padre de tu madre, y toma allí mujer de las hijas de Labán, hermano de tu madre. v:3 Y el Dios omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos; 4y te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que moras, que Dios dio a Abraham”.

Notemos las palabras que se encuentran en el versículo 1: se dice que Isaac “le mandó” a Jacob que no tomara esposa de las hijas de Canaán. La versión BTXIV traduce: “le ordenó”, es decir, le dio una instrucción clara de que no debía casarse con una mujer cananea, sino que debía ir a la casa de su madre y tomar esposa de allí.

Esto nos recuerda, una vez más, que los padres no deben estar excluidos del proceso de elección del cónyuge de sus hijos. Aunque no son

ellos quienes tomarán la decisión final, sí pueden y deben establecer parámetros sobre con quién es conveniente que sus hijos se casen. Padres, ¡Nadie se muere por un amor! atrevanse a ponerle límites a sus hijos. Los hijos, por su parte, también deben aprender a autolimitarse en sus sentimientos y a escoger conforme a la sabiduría de Dios.

¿Acaso no debemos regularnos en todas las áreas de la vida? Muchas veces deseamos comprar un par de zapatos que cuesta \$200.00, pero al revisar nuestro presupuesto, optamos por unos de \$60.00. Del mismo modo, debemos aprender a tomar decisiones con sabiduría, incluso en el ámbito sentimental.

Un claro ejemplo de lo necesario que es regularse emocionalmente fue Sansón. Un hombre fuerte, corpulento, lleno de potencial... pero débil en sus emociones. Él pensaba como muchos jóvenes hoy en día que dicen: “Es que en la Iglesia no hay nadie para mí”. Así también dijo Sansón: “No hay mujeres para mí en Israel”, y fue tras mujeres filisteas. Aquellas decisiones sentimentales — aparentemente inofensivas— fueron las que lo llevaron a su ruina y, finalmente, a la muerte.

Ponerle parámetros a los hijos es decirles: “Hijo, búscate una esposa que sea cristiana”.

Y por “cristiana” no nos referimos simplemente a alguien que se identifique con ese nombre, sino a una joven que se congregue fielmente, que lea las Escrituras y cuya vida sea coherente con sus acciones, al punto de merecer ser llamada verdaderamente cristiana.

Hoy en día, el cristianismo se ha degradado tanto que lo “raro” es encontrar a alguien que no se autodenomine cristiano. Por eso, no basta con que alguien diga que lo es; debemos juzgarlo por sus frutos.

Si los hijos tuvieron padres verdaderamente cristianos, con toda probabilidad también buscarán una pareja cristiana. Pero si los hijos crecieron con padres carnales, lo más probable es que terminen buscando una esposa igualmente carnal.

¿Se puede iniciar una relación sentimental con alguien que no conoce al Señor? A manera de consejo para los jóvenes solteros, les digo lo siguiente:

En primer lugar, háblenle de Cristo. Evangelicen a esa persona. Evalúen su espíritu. Asegúrense de que acepte al Señor, que se bautice y que se congregue fielmente. Después de que haya dado esos pasos, entonces sí, considérense en

libertad de iniciar una relación con miras al matrimonio.

¡Por favor, jóvenes! No inviertan el orden de este proceso.

EL CASO DE ISMAEL.

Ismael fue el hijo “bastardo” de Abraham, aunque la mayor parte del tiempo se crió con su madre, Agar. Es curioso que, cuando se narra la genealogía de Ismael, no se mencione el nombre de la mujer que él tomó por esposa. Más aún, fue su madre, Agar, quien se encargó de buscarle una esposa.

Génesis 21:21 dice:

“Y habitó en el desierto de Parán, y su madre tomó para él una mujer de la tierra de Egipto”.

Si recordamos, Agar era egipcia. A pesar de haber vivido muchos años con Abraham —y de haber tenido un hijo con él—, nunca logró sacar a Egipto de su corazón. Por eso, también eligió para su hijo una mujer egipcia.

El hecho de que la Escritura pase por alto el nombre de la esposa de Ismael no es un detalle sin importancia; es un mensaje de advertencia. Dios no

bendecirá lo que no esté conforme a Su corazón.
Los padres somos responsables del futuro de
nuestros hijos ya sea para lo bueno o lo malo.

EL TERRIBLE CASO DE JACOB Y SUS HIJOS.

Jacob fue un hombre que terminó muy mal en lo que respecta a sus hijos.

Quizás hubo dos razones principales que lo llevaron a esa situación:

Un problema con sus sentimientos.

Un problema con el manejo del dinero.

Es evidente que, ya en la etapa adulta de su vida, Jacob buscó reparar estas áreas en su relación con Dios. Sin embargo, para entonces, ya era demasiado tarde para dar un buen ejemplo a sus hijos.

A diferencia de Abraham e Isaac, nunca vemos que Jacob haya puesto límites o parámetros en las relaciones sentimentales o matrimoniales de sus hijos. Esta omisión tuvo consecuencias evidentes en la vida de su descendencia.

Muchas veces los padres no han logrado equilibrar adecuadamente los asuntos sentimentales en sus propias vidas. Algunos viven en inmoralidad; otros cargan con frustraciones emocionales no sanadas. Esta condición se refleja en el ambiente del hogar y, para mal de los hijos, se convierte en

una enseñanza equivocada que ellos terminan imitando.

A muchos padres les sucede esto: no pueden aconsejar bien a sus hijos porque no tienen la autoridad moral para hablar con propiedad sobre el tema. ¿Cómo puede un padre que vive en inmoralidad decirle a su hijo que no tome ese camino?

Es cierto que aún en un hogar recto, algún hijo puede desviarse, pero es más triste cuando los hijos escogen caminos incorrectos porque han visto malos ejemplos dentro de su propia casa.

Padres, arreglen sus vidas delante de Dios, para que puedan alcanzar una vejez bendecida y no una marcada por la amargura, como le ocurrió a Jacob con sus hijos.

Por otro lado, Jacob se vio moralmente limitado para ponerle límites a sus hijos, debido al excesivo amor que tenía por el dinero. Bien lo dijo el Señor Jesús:

“Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se apegará al uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”
(Mateo 6:24).

Todos, en mayor o menor medida, tenemos la debilidad de amar el dinero. ¡Cuidémonos en ese aspecto! Aprendamos a priorizar lo de Dios por encima de lo terrenal.

El dinero, cuando se vuelve el centro del hogar, daña el corazón de los hijos. Ellos lo interpretan así: “Lo más importante en la vida es el dinero”. Por eso, muchos llegan a la etapa de casarse y no lo hacen, no por falta de amor, sino por tacañería; porque no quieren compartir el dinero, porque aprendieron —con el ejemplo— que el dinero se amasa para beneficio propio.

Todos los que nos hemos casado sabemos que uno de los mayores desafíos es aprender a contar el dinero para repartirlo, y enfrentar con humildad y madurez los muchos compromisos que el matrimonio conlleva. Enseñémosle a nuestros hijos que es más valioso encontrar una buena esposa que tener dinero en el bolsillo.

Si observamos uno por uno a los hijos de Jacob, veremos que a todos les fue mal en la vida, con la única excepción de José. Estos hombres crecieron sin afecto y se volvieron crueles, al punto de vender a su propio hermano por envidia.

Fueron también crueles con su padre. Lo vieron llorar amargamente por la supuesta muerte

de su hijo más amado, y nunca le dijeron la verdad. Durante años contemplaron a Jacob sumido en el luto por José, y ninguno tuvo el valor ni la compasión de confesar lo que realmente había sucedido.

Además, fueron hombres traicioneros. En una ocasión, un hombre mancilló a su hermana Dina, y ellos le propusieron que se casara con ella para enmendar la deshonra, bajo la condición de que él y todos los hombres de su pueblo se circuncidaran. Al tercer día, cuando el dolor era más intenso, los hermanos de Dina atacaron y mataron a todos los hombres del lugar, vengándose de lo ocurrido.

Y así, entre los hijos de Jacob, hubo muchas acciones vergonzosas y desagradables: engaño, crueldad, venganza y una clara falta de temor de Dios. El más responsable de todo esto fue Jacob, un hombre que no supo ponerle límites a sus hijos.

Nuevamente, es curioso que de ninguno de ellos, excepto de José, nunca se mencione el nombre de sus esposas.

Concluamos diciendo lo siguiente: no podemos esperar buenos resultados si, como padres, no somos un ejemplo viviente para nuestros hijos.

Enseñémosles con nuestro testimonio diario que el dinero no debe ser prioridad, que no es correcto vivir de manera egocéntrica, y que lo más importante es honrar a Dios y andar en sus caminos.

Cuando nuestros pasos como padres sean rectos, entonces tendremos autoridad moral para poner parámetros a nuestros hijos, especialmente en algo tan importante como la elección de un cónyuge. Es allí donde podremos guiarlos para que escojan de entre la familia de Dios.

Mientras los hijos vivan bajo el techo y la responsabilidad de los padres, deben también aceptar las reglas del hogar. Y eso incluye la instrucción sobre con quién deben casarse.

Amén.